

MAMARRACHOS

Administración: Plaza de Tetuán, 26.-BARCELONA



—Le ruego á la señora que vaya un poco más aprisa, porque ya han pasado dos clientes, mientras usted busca su portamonedas.

Precio: **10** céntimos



DE TODO UN POCO

Días pasados, una gitana importunaba á una señora chata y de mal genio.

—¿Quié uzte que la iga la güena ventura?—dijo la primera.

—¡No!—respondió seriamente, la segunda.

—¿Quié uzte que la ersanime lá ráya é la máno?

—¡No!

—¿Quié ozte dáme una limozniya pá loz churumbelez?

—¡No!

La gitana se queda parada un momento y, de pronto, exclama:

—¡Pué ziquiera deme una recomendación pá zu pariente er meniztro!

—¿Qué ministro?—pregunta sorprendida la señora.

—¡El de la desgobernación!... Ozte é ROMA y sólo ise NONEZ... conque, á la juersa tié que sé parienta muya!...

En un juicio de faltas.

—¿Confiesa usted que ha apaleado al doctor X.?—pregunta, el juez, al procesado.

Este responde:

—Sí, señor... pero hay que advertir que he procedido así en legítima defensa de mi vida.

—¡Cómo! ¿El doctor le agredió á usted?

—¡Peor aún!... Figúrese Su Señoría, que, yo estoy algo enfermo... y él... ¡se había empeñado en visitarme!

Se habla de la Lotería de Navidad, del año pasado.

Un individuo dice:

—A mí, sólo me cayó un reintegro de cincuenta reales.

Y añade, volviéndose á Calinez, que permanecía silencioso:

—Y á usted, ¿le cayó algo?

—¡Sí, señor!—repuso el interpeado.

—¡Me cayó... una muela que se me estaba meneando desde hacia más de un mes!... ¿Le parece á usted poco?

— Dos golfos van por la calle y se cruzan con un matrimonio.

La señora está en meses mayores y tiene un abdomen muy voluminoso.

Uno de los dos chicos, fijándose en la pareja, guiña el ojo á su compañero y le dice:

—¡Yo sé lo que es ese hombre!

—¿Qué es?—le pregunta el otro.

—¡Músico!

—¿Le conoces acaso?

—¡No!

—Pues ¿cómo sabes su profesión?

—¡Toma!... ¡Porque es imposible equivocarse!... ¡No ves que, su mujer, le lleva el bombo!

CANTARES

En pasando mi morena,
tropieza el que va detrás,
que va llenando la calle
de terroncitos de sal.

Como nubes de verano
van siendo mis esperanzas,
que pasan pronto, muy pronto,
y pasan vertiendo lágrimas.

Dos fatigas sufre el hombre
que te desprecia, mujer;
al despreciarte primero
y al adorarte después.

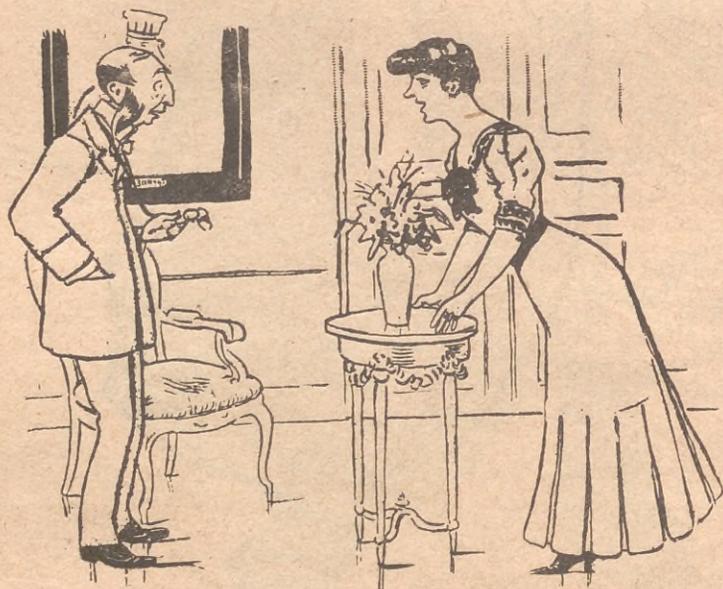
Cuando preguntan por ella
sale de mi alma una voz,
que le dice á todo el mundo
que vive en mi corazón.

—¿Has comprado las cerillas que te encargué?—pregunta Gedeón á su hijo.

—Sí, papá.

—¿Y son buenas?

—Magníficas. Las he probado todas, y han ardidó perfectamente.



CADA UNO SU PAPEL

—Ante el tribunal usas la toga, es muy justo que en casa yo me calze los pantalones.

¡FUEGO! ¡FUEGO!...

¿Saben los lectores, lo que es una casa de vecindad por el estilo de algunas que todavía quedan en la villa y corte?

Seguramente que, muchos, lo ignorarán y, de consiguiente, no estará de más decir que, por fuera, esas casas en nada se distinguen de cualesquiera otras.

Pero una vez dentro...

En unas, las escaleras son dos: una para los pisos exteriores, los que tienen balcón á la calle y, la segunda para los interiores.

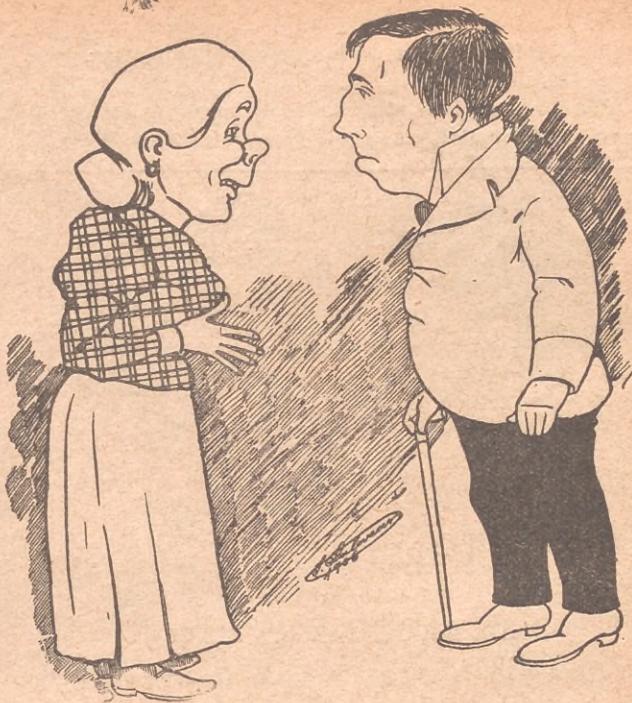
En otras, sirve para todos, la misma escalera, pues, en cada piso, junto á la puerta del ó de los exteriores, ó frente á ellas, ábrese un largo pasillo, lleno también de puertas, ya con número, ya sin él.

Cada puerta de estas da entrada á una vivienda ó mejor, á un tugurio ignoble, compuesto de una, dos ó tres piezas, en las que viven hacinados, si aquello es vivir, un número, á veces, fabuloso de seres humanos ó que tienen alguna semejanza con estos.

Pues bien, á una de tales casas, donde la cocina, sirve de comedor, de taller, de retrete y á veces, de alcoba, y de las que, como digo, contraviniendo las ordenanzas municipales y los preceptos de la moral y de la higiene, quedan aún algunos ejemplares, voy á conducir al lector, pues no todo ha de ser visitar palacios y dar agradables paseos por el campo.

* * *

Las tales casitas podrán ser sucias, destartaladas, anti-

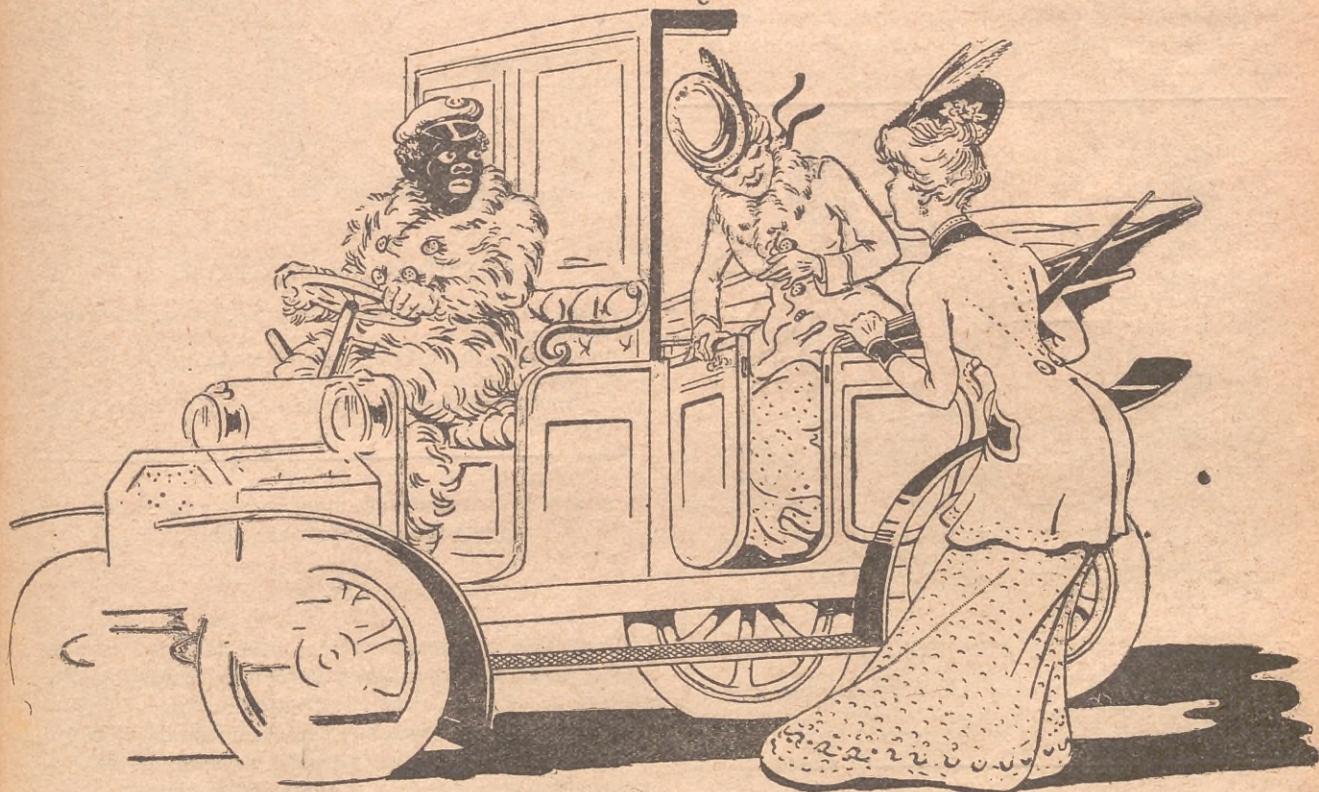


CONSULTA AL DOCTOR

—Doctor, ¿la diabetis es un mal muy grave?

—Según y conforme.

—Puede usted hablar sin escrúpulos, pues lo que diga no me ha de afectar en lo más mínimo. No se trata de mí, sino de mi marido.

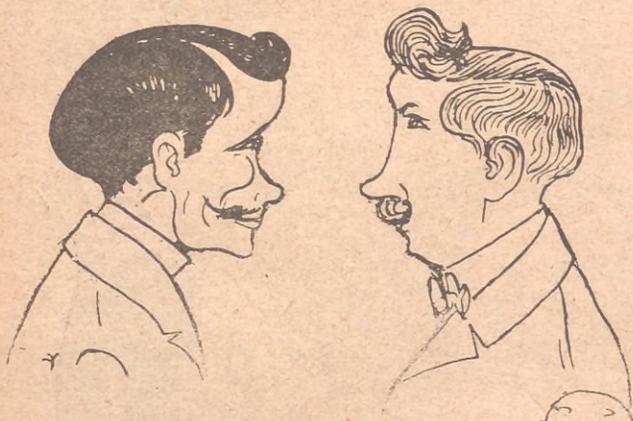


—¿Un chauffeur negro? 

—Sí, amiga mía, ¡me caliento con ébano.

higiénicas, inmorales, todo lo que ustedes quieran; pero ¡lo qué es silenciosas!

¡Cómo no sea á las altas horas de la noche, cuando la gente está rendida y á menos de ser víspera de fiesta ó



CON RECURSOS Y SIN ELLOS

—Nada, pues lo que es Pascual es un actor de recursos.

—No lo niego, lo será; pero ayer, sin ir más lejos, me pidió tres duros.

verbena ó cosa por el estilo, en cuyos casos, á la madrugada dura aun el jaleo, puede tenerse la seguridad de que nunca faltan allí una colección de ruidos.

¡Y qué ruidos!

En el bajo, un zapatero remendón que machaca suela desesperadamente; un herrero, que machaca una barra enrojecida, colocada sobre el duro yunque; una lavandera que, por no ser menos, machaca ajos, en un almirez, con tal brío que diríase que está triturando brillantes y una colección de desarrapados y sucios chiquillos, medio



SABIDURIA AUTOMOVILISTA

—¿Qué 'qué' íeir [automóvil de diez caballos, Bartolo?
—Qué íeir que cuando un automóvil se atasca son precisos diez caballos pa sacarlo del mal paso.

desnudos, en todo tiempo, más por perniciosa costumbre que por falta de ropa, mala ó buena.

En las puertas y en los pisos restantes, cuya enumeración y descripción detallada exigiría un tomo, los tipos

más variados, formando el más abigarrado de los conjuntos.

Y en éste, entran el músico de la murga, que sopla en el trombón ó templea el clarinete ó rasca el violín; la chula descocada que se pasa el día trabajando como una negra y cantando á grito pelado y se pelea con todas las vecinas; el albañil que, cada sábado, vuelve á su casa sin dinero, borracho como una uva y pega una paliza á su mujer y echa á la calle á los chiquillos y se quiere comer á todos los de la casa, que tratan de calmarle y hace precisa la intervención del guardia de punto y del sereno y del alcalde del barrio, quienes, cada vez, quieren llevarle al cuartelillo y, cada vez, también, le perdonan, porque, él, á penas ve la cosa seria, se echa á llorar y se arrodilla y pide perdón, como una criatura... En fin, sería el cuento de nunca acabar ir describiendo, uno por uno, la multitud de tipos que se cobijan en tales casas, albergues de miseria y de vicios y hasta de crímenes ó, por



CONFIDENCIAS MARITALES

El esposo.—Te confieso, querida Enfrosina, que deseaba tener un hijo.

La esposa.—Pues yo no, querido Rigoberto.

El esposo.—¿Por qué?

La esposa.—Porque las viudas sin hijos se casan más fácilmente.

lo menos, de criminales, aunque, por lo general, sus inquilinos son gente tan honrada como pobre.

*
*
*

Pues bien, en cierta ocasión, hube de visitar una de dichas casas, no sé con qué motivo; más, como sabía donde iba á meterme, tomé mis medidas: cubrí mi cabeza con un sombrero redondo y oculté mi chaqué bajo una amplia capa, encendí un puro del estanco, me eché al cuerpo una copa de rón y ¡á dentro falta gente!

Apenas había penetrado en el portal, un ruido ensordecedor me atronó los oídos.

—¡Oiga usted, so pellejo!... ¡Le parece á usted que está decente eso de que me eche usted las pulgas encima de



—Júrame, Isidro, de no venir más cuando mamá está ausente.

—¿Por qué, Eulalia? ¡Si no he hecho nada!

—Pienso á todo lo que me hubieras podido hacer.

—Caballero, sus bromas son de un género dudoso, no guarda usted bastante las formas.

—¡Señora, con tanto empeño como guardaría las suyas!

la coronilla?—gritaba con voz hombruna, una hembra bigotuda, encarándose con una de las vecinas del segundo, desde el mismísimo patio.

—¡Oiga *ustez*, tía Melindres!... ¿De dónde se ha sacado *ustez* que mi falda tiene pulgas?

—¡No! ¡Qué tendrá gloria divina!

—¡La tiene, cuando me la pongo, que no soy como usted, la caricatura del sargento Milhombres!

—¡Mucho ojo! ¡Só pu... erca!...—saltó el marido de la marimacho.—¡A mi mujer, ne se la insulta y, sino fuera porque está mal que un caballero pegue á una señora, subía ahora mismo y...

—¡No sube *ustez*, hombre!... ¡Qué podría resbalarse y sería lástima que se perdiese el modelo de las caretas para el Carnaval que viene!

—¡Tós no podemos ser guapes como el Francisco... ni tener la cabeza tan bien... peinada como él!

—¡Só morral!... ¡A mi no me falta nadie y ahora mismo le voy á comer á *ustez* los higados *pd* enseñarle educación y modos!...—rugió un prójimo, pecoso de viruelas y bizzo del derecho, saliendo de uno de aquellos chiqueros.

—¡Comian!...—contestó el de abajo.

—¡Ahora lo veremos!

Y el de las viruelas comenzó á bajar los escalones, de cuatro en cuatro, para ir al encuentro de su insultador.

Entonces la bigotuda, poniéndose delante, comenzó á gritar de una manera desahogada:

—¡Socorro!... ¡Favor!... ¡Vecinos!... ¡Qué matan á mi marido!...

Los dos hombres se encontraron y comenzaron á darse golpes.

Las dos mujeres chillaban como si las despellejasen vivas.

El enjambre de vecinos salió á las galerías ó bajó al patio, ya para jalearse á los combatientes, ya para separarlos.

Y los dos obcecados individuos se golpeaban de lo lindo, entre exclamaciones de terror y otras de burla, como:

—¡Dos cuartos por mi gallo!

—¡Eso sí que es sacudirse las pulgas y no lo que hacía la vecina!

—¡Yo pongo por el pintado!

—¡Yo por el rubio!

La lucha continuaba y es posible que hubiese durado largo rato y que hubiera tenido un trágico desenlace, si, á uno de los chiquillos del albañil, no se le hubiese ocurrido salir gritando:

—¡Fuego!... ¡Fuego!...

Aquello fué el disloque.

El portero, sin meterse en averiguaciones, pues estaba acostumbrado á aquellas escenas, aunque no á oír el temeroso grito, salió escapado á avisar á la parroquia; tocaron las campanas, acudieron las bombas y los aguadores de las inmediaciones y, sin meterse á más averiguar ó comprendiendo lo sucedido y queriendo vengarse, pusieron perdidos de agua á los combatientes y á los vecinos.

Y yo, que lo presenciaba todo, desde un rellano de la escalera, dime prisa á escabullirme, por lo que pudiera tronar y sali de aquella infernal casa, sin desempeñar el encargo que, á ella, me había llevado.

¡Después de todo, con presenciar tal escena, ya no había perdido el viaje!

COSAS SORPRENDENTES

Una de las cosas que más sorpresa causaban á Gedeón, el legítimo, el auténtico, era que, de los huevos, blancos, (por fuera, se entiende), saliesen, á veces, gallinas negras.

No tan sorprendente, aunque, á primera vista, no deje de llamar la atención, es el caso de aquel que, oyendo hablar de lo caros que salen los viajes, dijo:

—Pues yo, en una ocasión, salí, á pie, de Zaragoza, con dos pesetas, y llegué á Calatayud, con treinta y nueve reales.

—¡Porque iría usted pidiendo! —le objetaron.

—¡Pues es verdad!... ¡Si que es raro eso!

Bueno: pues, hoy, á falta de mejor tema, voy á ocupar la atención de mis lectores, tratando de algunas de las cosas indicadas, y me daré por satisfecho si, al leer estas mal pergeñadas líneas, exclaman ustedes también, una vez siquiera:

—¡Calle! ¡Pues es verdad!... ¡No habíamos caído en ello!

Apostaría un duro contra un perro chico... y no tengo el duro, aunque si la seguridad de ganar un perro chico, á que, en no pocas ocasiones, se han preguntado ustedes:

—Pero, señor: ¿cómo se las compondrá don Tadeo, el vecino del principal?... ¡Tiene dos mil pesetas de sueldo,



—Es extraordinario que nunca puedas vestirme sola. ¡Yo no necesito á nadie y estoy siempre como salido de un estuche!

Y él, con mucha razón, replicó:

—¡No!... ¡Qué iría dando!...

Pero dejando aparte esas y otras cosas por el estilo, hay todavía no pocas que verdaderamente son para admirar y hasta para volver loco á cualquiera que esté en su sano juicio, aun que tenga la cabeza más firme.

«que un navío
»cuando lo están *cairenando*...»

como dice el cantar... y lo dice muy mal, por supuesto, pues, cuando lo carenan un navío es porque, no sólo no está firme, sino que... ¡todo lo contrario!... se halla á punto de irse á buscar el coral.

Muchas de tales cosas, nos pasan inadvertidas, ya por la fuerza de la costumbre que tenemos, de verlas, sin meternos en averiguaciones, ya por indiferencia ó por falta de espíritu observador.

Pero cuando alguien, más avisado ó más ocioso, con más tiempo para fijarse en lo que, á su alrededor pasa, nos lo hace notar, tenemos que reconocer la razón que le asiste y exclamamos:

no se le conocen fincas, ni industria, ni medio alguno de vivir, de ganar una peseta, fuera de su destino y, sin embargo, él, su mujer y sus tres vástagos, comen bien, visten bien, hasta con lujo, y pagan seis mil reales de piso, al año!

Confieso que, ello, es tanto más sorprendente cuanto que, á casa de don Tadeo, no van acreedores; allí no se presenta nadie con cuentas, las criadas son pagadas puntualmente: en una palabra, allí no se vive al fiado, ni de expedientes y enredos.

Esto es verdad y realmente causa asombro; pero ¿no se han fijado ustedes en que, los hijos de don Tadeo, se parecen, como una gota de agua á otra, no á su padre, sino á su padrino, un ricachón, un alto empleado que, sólo por no significarse más, por no llamar la atención, no ha hecho avanzar, en su carrera, al sin vergüenza de don Tadeo?

—¡Ah! ¡Caramba!... ¡No habíamos caído nosotros en ello!

—¡Pues ya tienen ustedes, explicada una de esas cosas sorprendentes!

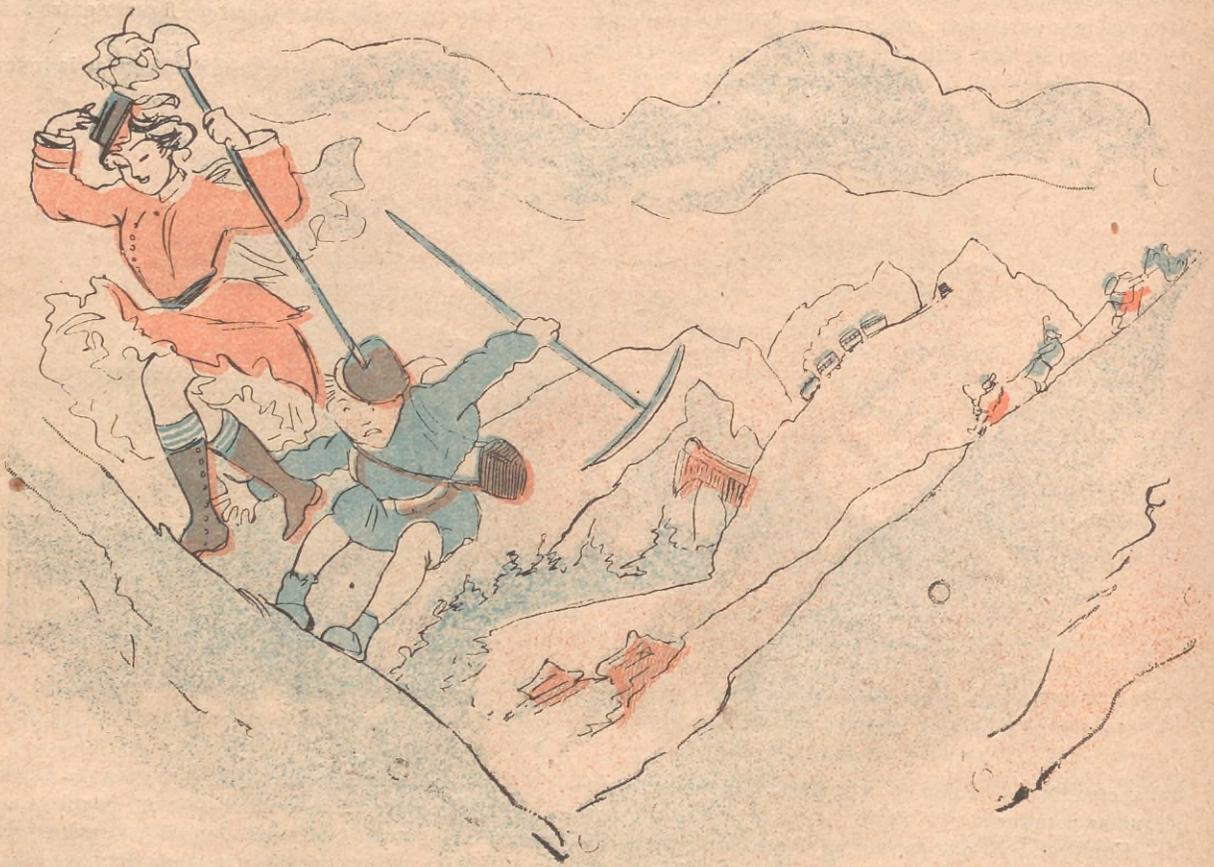
PASIONES



Por la música (di camer!).



Por la pintura.

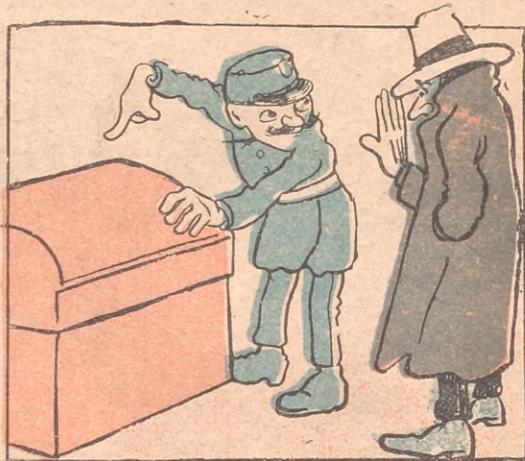


Por el alpinismo.

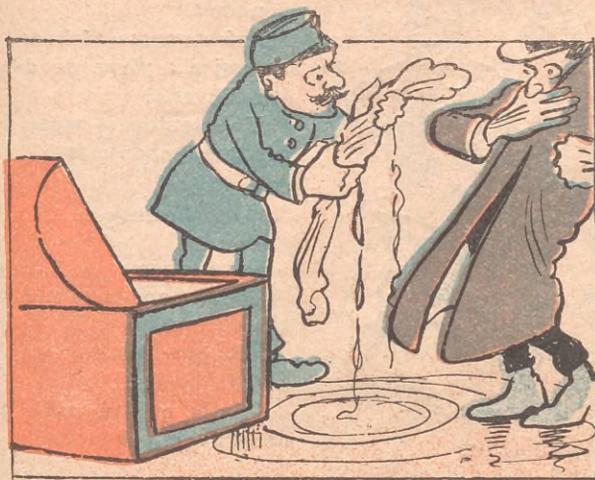
CUESTIÓN DE FRAUDE



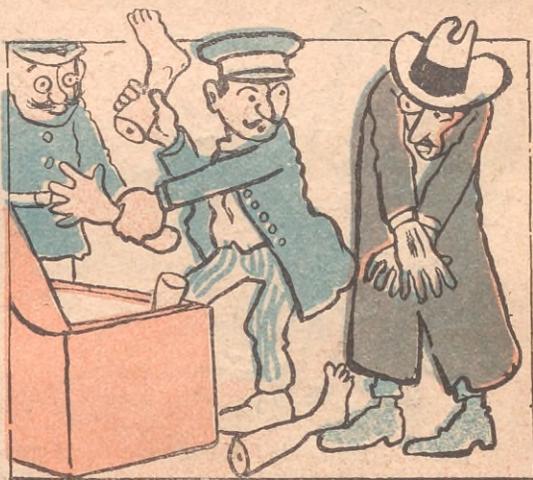
Cierta día, llegó á la estación de X, un pasajero con una de costural maleta



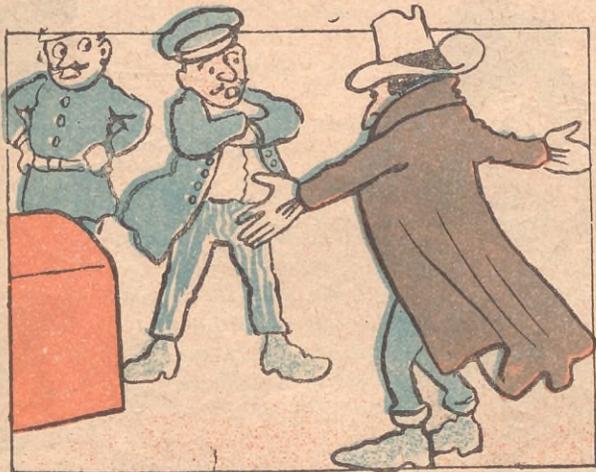
Y como es natural, un carabinero le preguntó si llevaba contrabando, á lo que contestó el aludido que no.



Sin embargo, el carabinero, hombre de sí desconfiado, le exigió que abriera la maleta, encontrando en ella (un trapo mojado con dos litros y medio de alcohol).



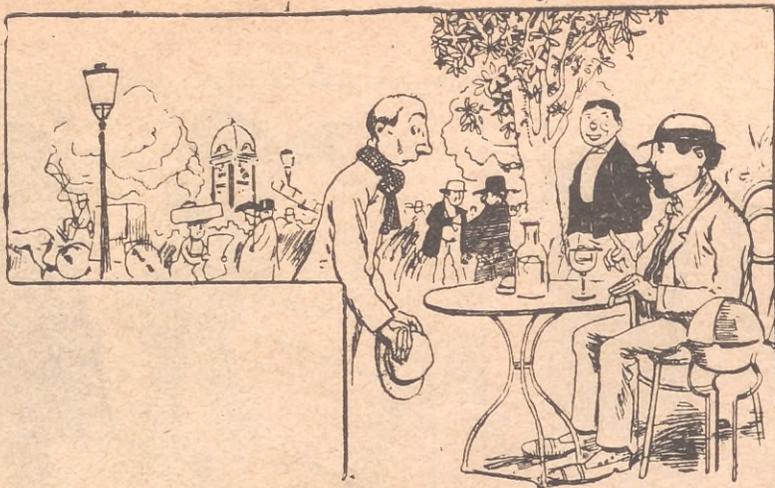
Pero lo más extraordinario fué, que pasando el jefe de la estación, se apercibió que la famosa maleta contenía una persona que resultó ser la mujer del viajero.



A lo que contestó el viajero, que había querido hacerla viajar sin billete. Y se ofreció á reembolsar el precio de su pasaje, pero era demasiado tarde.



El caso tendrá sin duda resultas judiciales, seguramente al viajero no le quedarán ganas de pasar otra vez contrabando.



UN FILÁNTRÓPO

—Así es usted un mozo de café sin trabajo. Pues, bien, desde hoy tomaré café dos veces al día.



El padre. —¡Feliz edad! Un premio les vuelve locos de alegría.

Algunos meses después.
—Digas, mamá, ¿por qué se vuelve loco papá desde que lleva un cintazo en el ojal?

te, una prueba de amor que, sale ya hasta del dominio de lo sorprendente, para entrar en él de lo maravilloso.

¿Quieren ustedes saber qué prueba es esa?

Pues bien, el susodicho joven, en primer lugar, ha puesto á la disposición de la viuda, toda su fortuna.

Esto, después de todo, no pasa de la esfera de lo vulgar, pues, el número de los tontos es infinito.

Pero ahora viene lo bueno ó si quiera, lo extraño.

¡Ca! ¡Si van ustedes á quedarse patidifusos!

¡Y hay para ello!

El joven en cuestión, no sólo ha sacrificado, en aras de la buena fama de doña Silveria, su fortuna, si no también su libertad... ¡y su bigote... y su barba... y su condición social!

Perfectamente afeitado, vestido de mujer... ¡sirve de doncella á doña Silveria!

¡Y cualquiera es capaz de penetrar semejante secreto!

E. C.

Entre amigos:

—¿Crees que hago una tontería en casarme?

—No una; dos.

—¿Cómo dos?

—Sí; la que tú haces, y la que haces hacer á tu víctima.

La terquedad es la energía de los necios.

ENCAÑONADO SIGLO XX

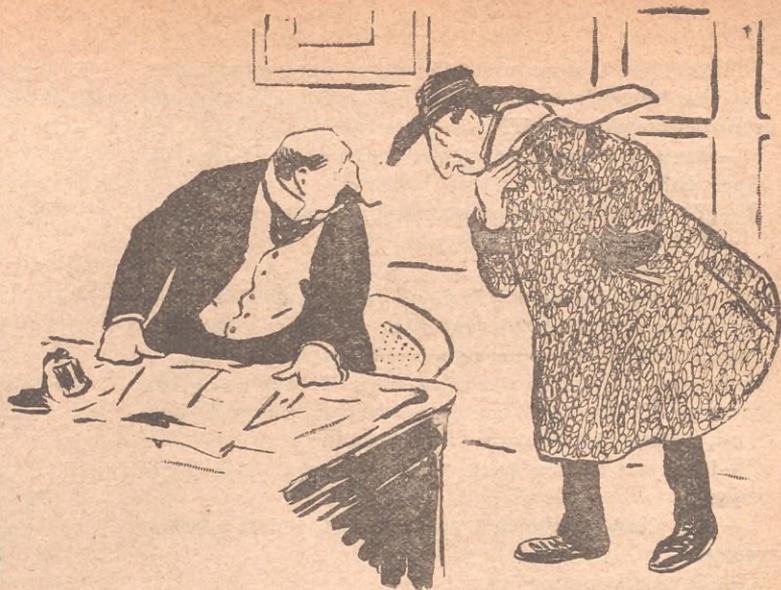


EL GRAN RECURSO

Desde hacía ocho días, las esquinas de Villamelones estaban cubiertas de enormes carteles anunciando una representación extraordinaria, que era, á la vez, un estreno: el de la traducción, hecha por un ingenio de la Corte, del magnífico drama de Alejandro Dumas *Enrique III y su Corte*, desempeñado por la célebre compañía del coliseo madrileño *Las fantistas ausentes*.

La doble atracción, el hecho nunca antes de que se reservase, á Villamelones, el honor de un estreno, había hecho que, la gente, se apresurase á correr á la taquilla, en busca de localidades.

Tres días antes de la fecha en que debía darse la representación, no quedaba en aquí



lla una sola localidad, así es que, el empresario, nuestro amigo de siempre, se frotaba las manos de gusio, cuando al llegar con su gente, se le participó tan feliz resultado.

Sin embargo, una hora después, su alegría se convirtió en consternación, cuando el actor Morcillo se presentó á manifestarle que acababa de verse atacado de una súbita afonía.

Morcillo era hombre de salud tan robusta que, durante treinta años no había estado enfermo ni un solo día, así es que nunca tenía sustituto: esto ya era tradicional.

Sería, pues, preciso aplazar la representación ó devolver el dinero y esta perspectiva enloquecía al buen negociante que, con la faz consternada, penetró en el *Café del Ambigú*, en el que los artistas, conocedores ya del suceso, estaban reunidos.

Todos hablaban con extraordinaria animación, en torno de Morcillo, completamente



afónico, exceptuando á López, que tomaba una absenta, separado de los demás.

El empresario se dejó caer de su asiento como una masa inerte, murmurando:

—¡Hay recaudados mil duros!

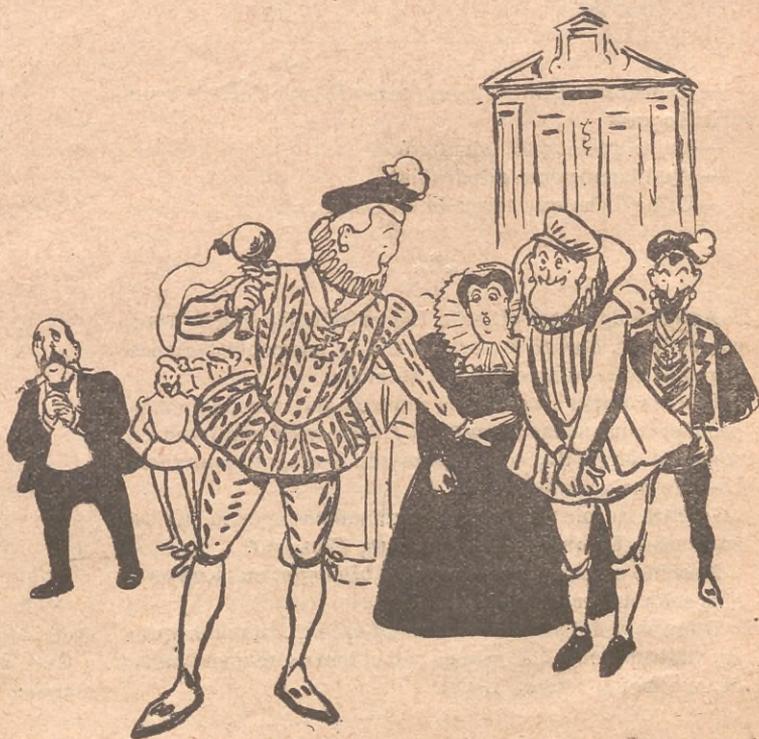
—¡Crea usted que estoy consternado! —dijo en voz baja, Morcillo.

—¡Puede usted jactarse de habernos puesto en un buen compromiso! —replicó el empresario. —Y no es por que usted esté bien en el papel de duque de Eperón, todo lo contrario. No sabe usted el juego del *bilboquet*, le falla de cada dos veces, una, por lo menos; pero, sea como fuere, completa usted el cuadro... ¡Cuándo pienso que habremos de devolver cinco mil pesetas parece que me arrancan otros tantos pedazos del corazón!

López, después de apurar lentamente la copa, dijo:

—¿Y por qué se han de devolver las cinco mil del ala? ¡Una cantidad así, no se devuelve nunca... es decir, nunca debe devolverse nada!

—¡Está usted fresco! ¿Qué voy á hacer no



pudiendo dar la representación de la obra anunciada?

—Precisamente eso es lo que no debe hacerse: hay que representar *Enrique III y su Corte*.

—¡Pero está usted loco! ¿Quién va a hacer el papel de Epernón?

—¡Yo! Precisamente, en esa obra, no tengo ninguno.

—¡Usted! ¡Pero si no lo conoce! ¡Si no lo ha hecho jamás!

—¡Ahí está la gracia! ¡Un papel que se conoce lo representa cualquiera! ¡Pero hacer un papel desconocido, cuando se le avisa a uno, una hora antes de levantar el telón, es una empresa atrevida y digna de todo un López, como yo! Váyase usted tranquilo a comer. ¡Dentro de una hora, desempeñaré el papel de Epernón.

—Bien; voy a dar a usted el ejemplar para que le dé un repaso.

—¡No! ¡Nada de eso! Si leyese el papel, podría preocuparme.

—¡Es usted extraordinario!

—¡Soy López y basta!



—¡Demonio! Ahora que me acuerdo ¿sabe usted jugar al *bilboquet*?

—Mejor que el que lo inventó.

—¿Qué hombre tan admirable!

—Ya he dicho que soy todo un López.

* * *

Antes de levantar el telón, López se limitó a pedir a sus compañeros, que no le apremiasen en sus contestaciones y que le dejaran arreglarse a su modo.

El empresario estaba más muerto que vivo, sin comprender como se las arreglaría López: y su inquietud se trocó en angustia, al oír a éste que decía, al apuntador:

—¡No me apuntes nada!

—¡Está loco! ¡Está loco!—exclamaba el amo de los cuartos.—¿En qué parará todo esto, Dios mío?

Morcillo estaba sentado con el *bilboquet* en la mano e hizo seña de que se podía empezar.

Dióse la señal y salió un dependiente a anunciar que, por indisposición del primer actor, tenía que encargarse de su papel el célebre López.

El anuncio fué recibido con aplauso, pues, de López se tenían las mejores noticias.

—¡De seguro que no aplaudirán tanto dentro de un



momento! — pensaba melancólicamente el empresario, mientras se levantaba el telón.

López se levantó, a su vez, de la silla, se adelantó hasta la concha del apuntador, lanzó al aire la bola del *bilboquet* y la dejó caer fuera de su sitio.

Por la sala circuló un ligero murmullo.

López, sin perder su tranquilidad, repitió la suerte, con tal mal éxito que la vez anterior.

Entonces se oyeron algunos siseos.

Falló también el tercer golpe.

El empresario estaba que se le podía ahogar con un caballo.

Del gallinero salió una voz que dijo:



—¡Eh! ¡Compadre! ¡Tendrá usted que tomar lecciones de mi hijo!

Casi al mismo tiempo, del patio salió otra voz exclamando:

—¿No ves que, la bola, tiene un agujero, gran burro? Todo el mundo soltó la carcajada.

El empresario, temiendo una catástrofe, se disponía á mandar que bajasen el telón; pero López, sin apurarse y como en realidad era habilísimo en el juego del *bilboquet*, repitió la suerte, con el más feliz éxito.

Las risas cesaron inmediatamente.

Una vez más, hizo el actor, la jugada con acierto, coreado por el público que, al verle proseguir, comenzó á contar, á coro:

—¡Una! ¡Dos! ¡Quince! ¡Veinte!...

Al llegar al número cincuenta, López se detuvo, saludó y se retiró.

El entusiasmo era indescriptible.

—¡Catorce veces fué llamado, López, á la escena!

—¡Nadie pensaba ya en *Enrique III y su Corte*.

Cada vez que salía Eperón, hacíasele repetir el juego y los aplausos arreciaban y las ovaciones iban en aumento.

Cuando la gente se cansó, á más de la una de la madrugada, abandonó el teatro, dando por bien empleado el dinero.

El empresario abrazó al original artista diciéndole:

—¡Es usted admirable!

—¡No, señor! ¡No soy más que López! ¡Y conozco á los públicos! ¡Sin el *bilboquet*, es muy posible que *Enrique III y su Corte*, hubiese llevado la gran silba! ¡Vaya usted con dramas de Dumas á los vecinos de Villamelones!

A. V.

CARMEN

POR

PROSPERO MERIMEE

(CONTINUACIÓN)

—¡Imbécil!—me gritó García.—¿Estamos aquí para recoger carroñas? Remátalo y no pierdas esas medias de algodón.

—¡Suéltalo!—me gritaba Carmen.

La fatiga me obligó á depositarle un momento al abrigo de una roca. García se adelantó y le disparó un trabucazo á la cabeza.

—Listo ha de ser quien le reconozca ahora,—dijo mirando la cara, que había quedado destrozada por doce balazos.

—Hé ahí, señor, la buena vida que he llevado. Por la noche nos encontramos en un matorral, rendidos de fatiga, sin tener nada que comer y arruinados por la pérdida de nuestros mulos. ¿Qué hizo este infernal García? Sacó una baraja de su bolsillo y se puso á jugar con el Dancaire á la luz de una hoguera que encendieron. Durante este tiempo habíame yo echado, mirando las estrellas, pensando en el *Remendado* y diciéndome que preferiría hallarme en su lugar. Carmen estaba acurrucada cerca de mí, repicando de vez en cuando las castañuelas y canturriando. En seguida, acercándose como para hablarme al oído, me besó, á pesar mío, dos ó tres veces.

—Eres el diablo,—le dije.

—Sí,—me respondió ella.

Después de algunas horas de descanso fuése á Gaucín, y á la mañana siguiente vino un cabrerillo á traer-

nos pan. Permanecimos allí todo el día, y por la noche nos acercamos á Gaucín. Esperábamos noticias de Carmen. Nadie venía. Al rayar el alba vimos á un acemilero que conducía á una mujer bien vestida, con un quitasol, y á una muchacha que parecía su criada. García nos dijo:

—Hé ahí dos mulos y dos mujeres que San Nicolás nos envía. Preferiría cuatro mulos, pero no importa: ya me sale á cuenta.

Tomó el trabuco y bajó hacia el sendero ocultándose entre los jarales. Seguíamosle el Dancaire y yo, á corta distancia. Cuando estuvimos á tiro nos dejamos ver y gritamos ¡alto! al acemilero.

Al vernos, la mujer, en lugar de asustarse, y para ello bastaba nuestra facha, prorrumpió en una grande carcajada.

—¡Ah! ¡Qué *lipendis* ésos, que me toman por una *erani!* (1).

Era Carmen; pero tan bien disfrazada que no la habría reconocido hablando otra lengua. Saltó de la mula y habló algún tiempo en voz baja con el Dancaire y García, diciéndome después:

—Canario, ya nos veremos antes de que te ahorquen. Voy á Gibraltar para asuntos de Egipto. Pronto oiréis hablar de mí.

Nos separamos después de habernos ella indicado un lugar donde podríamos encontrar albergue por algunos días. Esta muchacha era la providencia de nuestra partida. Pronto recibimos algún dinero que nos mandó y un aviso que para nosotros valía más: era que tal día partirían dos millores ingleses que irían de Gibraltar á Granada por tal camino. A buen entendedor, pocas palabras le bastan. Tenían muchas y buenas guineas. García quería matarlos; pero el Dancaire y yo nos opusimos. No les quitamos más que el dinero y los relojes, además de las camisas, de que teníamos gran necesidad.

Señor, uno se vuelve pícaro sin pensarlo. Una muchacha bonita nos hace perder la cabeza; se bate uno por ella, sucede una desgracia, hay que vivir en el monte, y, de contrabandista, uno para en ladrón antes de haberlo reflexionado. Juzgamos que no nos convenían los alrededores de Gibraltar después del asunto de los millores y nos internamos en la Serranía de Ronda. Me ha hablado usted de José María. Mire usted: allí trabé conocimiento con él. Llevaba á su querida en sus expediciones. Era una linda joven, cuerda, modesta, de buenos modales; jamás una palabra malsonante, y, con esto, un desinterés... En cambio, él la hacía muy desgraciada. Iba siempre tras de las mujeres, la maltrataba y después, á veces, se le antojaba hacerse el celoso. Una vez le dió una cuchillada. Pues eso no hacía sino que le quisiera más. Las mujeres son así, sobre todo las andaluzas. Esa estaba muy pagada de la cicatriz que tenía en el brazo, y la enseñaba como la cosa más hermosa del mundo. Y luego José María, para acabar de completar la fiesta, era el peor camarada que pudiese imaginarse nadie. En una expedición que hicimos se arregló tan bonitamente que le tocó á él todo el provecho y á nosotros los porrazos y lo peliagudo del negocio. Pero vuelvo á mi historia. No oíamos hablar de Carmen. El Dancaire dijo:

—Es menester que uno de nosotros vaya á Gibraltar para saber noticias. Debe haber preparado algún negocio. Yo iría de buena gana, pero soy demasiado conocido por aquellos barrios.

(1) ¡Qué imbéciles ésos, que me toman por una señora!

»El *Tuerto* dijo:

»—También me conocen á mi. ¡Les he hecho tantas ju-garretas á los *Cangrejos*! Y como no tengo más que un ojo, me es difícil disfrazarme.

»—¿Es menester, pues, que vaya yo?—dijo á mi vez, encantado con la sola idea de volver á ver á Carmen.—Veamos: ¿qué hay que hacer?

»Los otros me dijeron:

»—Haz como que te embarcas para ir á San Roque, ó pasas por allí, como quieras, y cuando estés en Gibraltar preguntas en el puerto dónde vive una chocolatera que llaman la Rollona. Cuando la hayas encontrado, sabrás por ella lo que ocurre por allá.

»Convínose en que partiríamos los tres para la Sierra de Gaucín, que yo dejaría allí á mis dos camaradas y que me iría á Gibraltar disfrazado de frutero. En Ronda me había procurado un pasaporte un hombre que estaba á nuestra devoción; en Gaucín me dieron un borrico; carguéle de naranjas y melones y púseme en camino. Llegado á Gibraltar encontréme con que conocían muy bien á la Rollona, pero había muerto ó se había ido á *finibus terræ* (1), y su desaparición explicaba, á mi juicio, como habíamos perdido el medio de entendernos con Carmen. Dejé mi asno en un establo y, tomando las naranjas, fui-



me por la ciudad como para venderlas, pero, en realidad, para ver si encontraría quizás alguna cara conocida. Hay allí mucha canalla de todos los países y es aquello la Torre de Babel, pues no pueden darse diez pasos por una calle sin oír hablar otras tantas lenguas. Veía muchos hijos de Faraón, pero no me atrevía á fiarme gran cosa de ellos: los tanteaba y me tanteaban. Pronto adivinábamos que éramos unos tunos, pero lo importante era saber si éramos de la misma banda. Al cabo de dos días pasados en inútiles correrías, nada había logrado saber ni tocante á la Rollona, ni tocante á Carmen, y pensaba ya en volverme al lado de mis camaradas después de haber hecho algunas compras, cuando al pasearme por una calle, al ponerse el sol, oigo una voz de mujer que desde una ventana me dice:

»—¡Naranjero!

»Levanto la cabeza y veo en un balcón á Carmen, puesta de codos con un oficial de encarnado, charreteras de oro, pelo rizado y facha de milor gordo. Ella, á su vez, iba magníficamente vestida; un chal sobre los hombros, peineta de oro, toda de seda, y la buena pieza, ¡siempre

la misma!, reía que se desternillaba. El inglés, chapurreando el castellano, gritóme que subiese, que la señora quería naranjas, y Carmen me dijo en vascuence:

»—Sube y no te asombres de nada.

»Nada, en efecto, debía asombrarme de su parte. No sé si me dió más alegría que pena el encontrarla. Había á la puerta un gran criado inglés, empolvado, que me condujo á un salón magnífico. Carmen me dijo al punto en vascuence:

»—No sabes una palabra de español, ni me conoces.

»Luego, volviéndose al inglés:

»—Bien os lo decía yo: en seguida he visto que era un vasco; vais á oír qué demontre de lengua. ¿Qué aire tan tonto tiene, verdad? Parece un gato sorprendido en la despensa.

»—Pues mira que tú,—le dije,—tienes el aire de una desvergonzada zurróna, y ganas me dan de llenarte la cara de dedos delante de tu galán.

»—¡Mi galán!—exclamó ella.—¡Toma! ¿Todo eso has adivinado tú solito? ¿Y estás celoso de ese imbécil? Todavía eres más tonto que cuando nos dábamos cita en la calle del Candilejo. ¿No ves tú, pedazo de cernicalo, que armo en este momento los negocios de Egipto, de la manera más brillante? Esta casa es mía, y las guineas del *cangrejo* serán para mí; lo llevo por donde quiero y lo llevaré donde no pueda salir más.

»—Pues yo,—le dije,—si sigues armando de esta manera los negocios de Egipto, lo haré tan bien que no podrás empezarlos otra vez.

»—¡Ah! ¡Bueno está eso! ¿Eres tu mi rom para mandarme? El *Tuerto* lo encuentra bien: ¿qué tienes tú que ver? ¿Acaso no deberías darte por muy contento con ser el único que pueda llamarse mi *minchorro*? (1).

»—¿Qué dice?—preguntó el inglés.

»—Dice que tiene sed y que bebería un trago,—respondió Carmen. Y se echó sobre un sofá, muriéndose de risa con la traducción.

»Señor, cuando aquella chica reía no había manera de hablar en razón. Todo el mundo reía con ella. El inglés se echó á reír también como un imbécil, que tal era, y ordenó me trajesen de beber.

»Mientras bebía:

»—¿Ves esta sortija que llevo en el dedo?—me dijo ella.—Si tú quieres, te la daré.

»Yo respondí:

»—Un dedo daría por tener á tu milord en el monte, cada uno con la maquila en el puño.

»—¿Maquila? ¿Qué querer decir eso?—preguntó el inglés.

»—Maquila,—dijo Carmen, riendo siempre,—es una naranja. ¿Verdad que es una palabra bien estrambótica para decir naranja? Dice que quisiera haceros comer maquila.

»—¿Si?—dijo el inglés.—Pues bien: llevar mañana también maquila.

»Mientras hablábamos entró el criado y dijo que estaba puesta la mesa. Entonces el inglés se levantó, me dió un peso, y ofreció el brazo á Carmen, como si no pudiese andar sola. Carmen, riendo siempre, me dijo:

»—Chico, no puedo convidarte á comer; pero mañana, así que oigas el tambor que toca á parada, ven aquí con naranjas. Encontrarás un cuarto mejor alhajado que el de la calle de Candilejo y verás si soy siempre tu Carmencita. Y luego hablaremos de los asuntos de Egipto.

(Se continuará).

(1) A galeras, ó, por mejor decir, á todos los diablos.

(1) Mi amante, ó, mejor dicho, mi capricho.



DE TODO UN POCO

Acabando de alquilar una magnífica casa, dijo á su mujer Gaspar: —Ya que no hemos de pagar, vivamos anchos, Tomasa.

El medio más seguro de consolarse de todo cuanto puede acontecer, es esperar siempre lo peor.

Dos hermanos gallegos vinieron á Madrid durante la siega, con el ánimo de ahorrar algunos cuartos, para lo cual *porfiaron*, (no apostaron nada), á quién se mantenía con menos.

Pasados unos días preguntó el más pequeño al otro.

—¿Tú, de qué te mantienes?
—De pan sólo. ¿Y tú?
—De pan y cebolla.
—Eso es, derrochador... gastas el dinero en golosinas.

Un señor de levita se me ha perdido; lo puse en el diario, no ha parecido. ¡Lástima fuera que un señor de levita no pareciera!

Algunas veces, nos gustan hasta las alabanzas que no creemos sinceras.

Hay alabanzas que son desprecios; y hay desprecios que son alabanzas.

—Esclavo de mi deber me verá usted, don Gaspar.
—Mejor lo quiero yo ver esclavo de su pagar.

Al viejo, múdale el aire y darte ha el pellejo.

MADRID.—Encargado de la venta: José Lerin, Abada, 22.

VALENCIA.—Vicente Pastor. Victoria, 11, principal.

Correspondencia: Apartado de Correos, 88

BIBLIOTECA ROSA

La comedianta, por Paul de Molenes.
Drama de amor, por Federico Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero Merimee.
Peccados de la juventud, por V. Perceval.
Un drama sangriento (2 tomos), por L. Jacolliot.
La justiciera de sí misma, por Carlos Barbarrá.
Terrealta (ilustrada), por Julio Ruiz Montero.
El capitán Burle, por Emilio Zola.
Las sendas de Dios, por B. Bjornson.
El monstruo, por Carlos Bodin.
Naida Micoulin, por Emilio Zola.
El sillon fatal, por Pedro Newsky.
Un crimen infame, por Enrique Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Sidonie y Mederico, por Emilio Zola.
La ple de León, por Carlos de Bernard.
El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.
La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.
El fin de Luola Pellegrin, por Paul Alexis.
Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.
El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle-Adam.
Sin trabajo, por Emilio Zola.
Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molenes.
El maestro de escuela, por Federico Soulié.
La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.
La venganza de Kostah, por Reinaldo Trevelyan.
Diario de una mujer, por Octavio Feuillet.
Un sueño de amor, por Federico Soulié.
La mujer de cuarenta años, por Carlos Bernard.
La joven de los ojos de oro, por H. de Balzac.
La herencia de un cómic, por Ponson du Terrail.

BIBLIOTECA AZUL

El tesoro del pirata, por Roberto Luis Stevenson, con preciosos grabados.
El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbarrá.

Magdalena la Mendiga, por Luis Jacolliot.
Bajo un disfraz, por Jorge Smith.
El crimen del Molino de Usor, por Luis Jacolliot.
Orso, por Enrique Syenkiewicz.
El Hijo Maldito, por Honorato de Balzac.
Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.
La necesidad del crimen, por Julio Perrin.
Una orgía de sangre, por Aureliano Vigny.
Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkiewicz.
El secreto terrible, por Adolfo Belot.
Solos, por Pedro Zaccane.
La Salamandra, por Eugenio Sué.
El crimen de Juan Malory, por Ernesto Daudet.
La reina Mab, por Guillermo Holdday.
El novio de la señorita Saint-Maur, por Victor Cherbuliez.

Para pedidos, dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas: Plaza de Tetuán, 26, Barcelona.

TIPOS CLÁSICOS, por J. Salazar



1. El domine. — 2. El guindilla. — 3. El baturc. — 4. El bobmio.